

Vigésimo Quinto Domingo del Tiempo Ordinario B2021

Las lecturas de este domingo hablan de la realidad del mal. Muestran que el mal existe tanto en el mundo como en la gente. Nos advierten contra el mecanismo que conduce al mal y nos invitan a vivir bajo la Ley de Dios.

La primera lectura describe la mente y el comportamiento de los malvados. Muestra que en lugar de vivir en paz con los demás, el malvado planea continuamente destruir al justo poniendo trampas en su camino. También muestra cómo sus intenciones son siempre maliciosas hacia el justo.

Lo que este texto nos enseña es que la mente de los malvados está llena de malicia en todo momento. Otra idea es que el justo es continuamente objeto de envidia y celos. La última idea está relacionada con la certeza de que el impío, en su mezquindad, se complace en probar y desafiar al justo.

Este texto nos ayuda a comprender el sentido del Evangelio de hoy cuando Jesús invita a sus discípulos a la humildad y al servicio. En primer lugar, el Evangelio describe el viaje de Jesús a Galilea y el secreto que quería al respecto. El Evangelio también habla del anuncio de Jesús de su pasión, muerte y resurrección. Luego, habla del malentendido de los discípulos del discurso de Jesús.

Después de eso, el Evangelio habla de la llegada de Jesús a Cafarnaúm y su pregunta a los discípulos sobre su discusión en curso. Luego, informa sobre la invitación de Jesús a sus discípulos a la humildad y al servicio mutuo. El Evangelio termina con Jesús poniendo a un niño en medio de sus discípulos y su mandato de que lo imiten.

¿Qué aprendemos de las lecturas de hoy? Hoy quiero hablar del Mesías sufriendo. Hasta ahora, Jesús ha gozado de relativa calma y éxito en su enseñanza y ministerio. De repente, comienza a hablar de su pasión, muerte y resurrección. Eso fue un poco impactante para los discípulos, así como para los judíos que lo escucharon, debido a la concepción divergente que tenían sobre el Mesías.

En la tradición judía, de hecho, había dos concepciones sólidas sobre el Mesías. El fundamento de la primera concepción fue la promesa de Dios de proteger y restaurar la dinastía davídica. Se creía que el Mesías vendría y restauraría a Israel en su derecho con un reinado fuerte contra su enemigo. Incluso en la época de los profetas, siempre hubo la convicción de que Dios no dejará de cumplir su promesa de levantar un rey que actuará y dirigirá el país como lo hizo David. En esa perspectiva, el ideal era mayoritariamente nacional.

La segunda concepción estaba ligada a la visión apocalíptica y era escatológica. En esta concepción, el Mesías vendría cuando se cumpliera el día del Señor. El Mesías procederá a la restauración de Israel y la resurrección de los muertos. No se creía que el Mesías viniera como un príncipe humano, sino como el descenso de Dios para juzgar al mundo. Pero, en ninguna de estas concepciones se planteaba que el Mesías sufriera o muriera. Al contrario, tenía que triunfar sobre todos sus enemigos y reinar para siempre.

En tal contexto, cuando Jesús habló de su sufrimiento y muerte, fue difícil para los discípulos entenderlo. Eso habría sido algo inusual e inesperado del Mesías. En verdad, la concepción de Jesús del Mesías cumple y trasciende todas las esperanzas mesiánicas conflictivas de Israel y toda la visión de los profetas. Él era el siervo sufriente de Dios y el Rey Davídico, el juez de la humanidad y su salvador al mismo tiempo.

Nació para dar su vida en la cruz por la salvación del mundo. En ese sentido, la cruz se erige en su vida como un camino necesario por el que tiene que caminar. Por eso no hay resurrección sin cruz. Como fue para Jesús, así es para nosotros hoy. Para participar de la resurrección de Jesús, tenemos que aceptar la cruz.

Al aceptar pasar por la pasión, la muerte y la resurrección, Jesús dio un ejemplo de humildad, obediencia al Padre y abatimiento. En ese sentido, muestra que los criterios del reino de Dios son diferentes a los del mundo. De la misma manera, la verdadera grandeza no está en la búsqueda del honor, rango social o prestigio, sino en servir humildemente a nuestros semejantes. Por eso Jesús puso un niño en medio de los discípulos para instruirlos.

Y, sin embargo, sabemos lo que representa un niño, es decir, la pureza de corazón, la falta de ambición propia, la dependencia de quienes lo mantienen. Por eso Jesús dice que todo aquel que esté dispuesto a ser el primero o el más grande debe ser el último y el servidor de los demás.

En ese sentido, queda claro que al proponer a un niño como modelo, Jesús no mata las ambiciones humanas; sino que nos enseña que, en lugar de la ambición de gobernar, mejor servimos; en lugar de querer que la gente haga cosas por nosotros, es mejor que hagamos por ellos. Ese es nuestro deber y nuestra dignidad como discípulos suyos.

Debemos llegar a ser grandes mediante un servicio humilde y abnegado. La grandeza, en opinión de Jesús, se encuentra en nuestra disposición a aceptar, dar la bienvenida y servir a aquellos que se consideran inaceptables por razón de clase, color de piel, religión, riqueza o cultura. Debemos dar la bienvenida a las personas como un niño las recibe antes de que se les enseñe la discriminación y el miedo a los demás.

Si queremos ser verdaderamente grandes, debemos estar dispuestos a aceptar cuatro desafíos: (1) ponernos en último lugar, (2) ser el servidor de todos, (3) recibir con amor a los seres humanos más insignificantes y (4) no esperar nada a cambio.

Durante esta Misa, oremos para que el Señor nos lleve a servirnos unos a otros como nos ha servido con humildad. Oremos para que en todo lo que hagamos tengamos una sola ambición, es decir, servir a los demás para la gloria de Dios y su bienestar. ¡Que el Espíritu Santo nos guíe para que evitemos el mal y busquemos el bien! ¡Que Dios los bendiga a todos!

Sabiduría 2: 12, 17-20; Santiago 3: 16-4: 3; Marcos 9: 30-37



Fecha de la Homilía: el 19 de Septiembre, 2021

© 2021 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 202109019homilia.pdf